



Santiago
Kovadloff
*Una biografía
de la lluvia*

emecé

Santiago Kovadloff

Una biografía de la lluvia

y otros ensayos sobre lo difuso

emecé | Biblioteca Santiago Kovadloff

Preámbulo a una historia
sin objeto y con sujeto

No teniendo nada grande que decir, me aficioné a lo pequeño y en el trato con lo que carece de relieve, y aun con lo diminuto, he aprendido a encontrar placer y consuelo.

Al igual que la célebre zorra que Esopo ideó, he convertido en virtud mi impotencia y hoy llamo literatura a cuanto procrea mi desacierto para realizarla tal como el consenso la concibe.

Relacionándose cuanto digo solamente con mi persona, es más que fundado presumir que poco o ningún provecho ha de encontrar en su lectura quien aspire a reconocerse. Aunque es cierto también que la curiosidad por lo irrelevante cunde hoy lo suficiente como para alentar la expectativa de que incluso las páginas que siguen logren más de un adepto.

Lo mismo podría suceder a raíz del interés y la infinita paciencia con que los hombres reflexivos y estudiosos suelen examinar el empeño de quienes cultivamos la exhibición de nuestra miopía, adivinando en ella los indicios de una patología más que interesante.

Ahora bien, si de modo imprevisto esta crónica tercamente autobiográfica contuviera, para quien la abordase, algo más que referencias a una vida solo ajena, y ese alguien entonces pudiera de algún modo verse reflejado, no creo que correspondiese atribuir el mérito de esa lograda cercanía al valor objetivo de lo que narro y medito, sino a una misma vitalidad amortiguada y

a una misma ineptitud para la imaginación, salomónicamente compartidas por quien escribe y quien lee.

Es cierto, no obstante, que cuando un hombre habla de veras de sí mismo, logra hacerlo a la vez de algún otro. Somos legión los que nos parecemos más de lo que la vanidad personal desea admitir, y no es facultad menor de la literatura el aportar esa prudente clarificación y ese grano de sensatez a una percepción ciegamente acantonada en la suficiencia.

No menos verdadero es, asimismo, que únicos somos todos y por ello férreamente singulares. Bien lo prueba cuanto hay de indelegable en el protagonismo que a cada cual le imponen no solo sus propios huesos, sino además sus pasiones, mañas y preferencias. Y eso sin olvidar el hecho crucial de que no hay forma de encontrar quien nos reemplace en eso de tener que morir en hora y día tan inaplazables como inciertos, y padecer mientras tanto lo que nos cabe, así como disfrutar y conmovernos con cuanto a cada uno pueda tocarle en gracia.

Escribir es, en tal sentido, una módica gesta ontológica, un esfuerzo de autodiscernimiento, siempre más cercano a la conjetura que a la objetividad. Nuestro común enigma —el de ser y el de ser en cada caso quienes somos— pide de tanto en tanto la palabra y, al obligarnos a dársela, mucho hace para que esa inasible singularidad implícita en todo nombre propio se deje oír; claro está que no en el modo de una definición suficiente sino encarnada en un particular registro expresivo, sea cual fuere su valor. Por eso me resulta tan certera como encantadora la reflexión que al respecto brindó hace años el periodista Jean-Baptiste Michel: «*Un style qui preuue qu' en amour comme en tout, la forme console du fond*».¹

1. *L'Express*, París, 10 de diciembre de 1998, pág. 57.

Sé, pues, que al decir «yo mismo» no remito a nada que burle el sortilegio de la bruma e ingrese en la claridad. De esa bruma hablo y con ella entreverada en lo que digo, y lo hago acerca de lo que reniega de su estricta inclusión en una forma objetiva, empeñado en ser vivencia, y no otra cosa que vivencia. Porque allí es, en esa niebla en la que respira cuanto implica la palabra «yo», donde presiento, por paradójico que resulte, el latido de lo más personal, la huella desconcertante de lo inconfundible. Y no es sino por eso que sumo mi adhesión a quienes sospechan que la elocuencia, y solo la elocuencia, infunde a lo evasivo de la identidad una transparencia particular que, más que la de un contenido autónomo, es la de una intensidad que a la manera de un dios opera dando vida con su brío a lo que nombra.

Mi intención al escribir es construirme y sin duda ser ameno aun en la transmisión de aquello que no lo es; de modo que, en este segundo aspecto, no solo quisiera a veces persuadir o proponer alguna convicción que aspira a rebasar los atributos que puedan derivarse de su forma. Creo que un escritor se debe, ante todo, a los desvelos de la elocución, pues no cuenta con otro recurso para hacer evidente, mediante palabras, la experiencia personal de lo que importa decir. Donde reinan las verdades consensuadas, la búsqueda de la forma ha dejado de importar. Allí lo subjetivo se ha masificado hasta cristalizar en una modalidad retórica reacia a cualquier revisión. Por eso siempre que de un artista de la palabra se trate, las venturas y desventuras que imponen el trato con la supuesta verdad y el presunto conocimiento se advertirán, en cuanto él escriba, a consecuencia de cómo lo haga, y no en virtud de lo que diga. Al menos así lo siento y si algo quise siempre, quiero ahora y querré en lo venidero, es darme a conocer como temperamento, por más pobre

que lo tenga, antes que como razonador. Prefiero la oscilación de mis íntimos vaivenes al rígido trazado de cualquier propuesta sistemática. Y digo mal al decir «prefiero», ya que, en cuestiones como esta, no hay para mí elección. De modo que los méritos eventuales que en un plano conceptual o incluso lógico puedan señalarse en cuanto escribo deben atribuirse sin vacilar al acaso antes que a la devoción por el rigor científico del que pueda dar prueba mi entendimiento. Soy incapaz de afinarme en cualquier convicción lógica sin sentir al poco tiempo que la encuentro insuficiente, y no hay vez que no termine descubriendo, en buena parte de lo que no creo, tanta o más consistencia y atractivo que en lo que me parece cierto. Vago así y deambulo sin firmeza, cautivado por el proyecto antes que por la meta, al punto que fácilmente se advertirá que mis conclusiones más se parecen a un preámbulo que a un desenlace. Termino de tal modo anotando siempre lo que no me propuse y desechando con frecuencia lo que me empujó a escribir.

Lo borroso, lo esquivo, lo difuso, eso cuyos bordes, si existen, no hay manera de alcanzar, no es a mi entender lo aún no aclarado, lo provisoriamente irresuelto ni tampoco lo que habiéndose vaciado de una previa transparencia terminó precipitándose en lo oscuro. No. Lo impreciso, tal como yo lo entiendo, lo sufro y lo disfruto, es a su manera una idiosincrasia. Un suelo —aquel en el que la subjetividad cumple su oficio— cuya inusual naturaleza resalta por lo que tiene, literalmente, de improbable. Sabemos que en él estamos por la firmeza con que rehúye cualquier acuerdo con nuestro imperioso afán de definición. Pero si de ese afán se ríe e invariablemente lo desoye, sabe encontrar en cambio otro modo de abrirse a nosotros y es incitándonos a habitar las sugerencias de la ambigüedad que lo distingue, enseñándonos a captar la elocuencia de lo inasible,

y a hacer nuestras las propuestas de cuanto escapa a un limpio encuadre y a una firme rotulación. Así vivido y concebido, algo más que nada resulta ser lo inaferrable y difuso; un algo que, a su modo, sabe darse a reconocer y que requiere tanto cuidado como atención, es decir que se le dispense un trato acorde con su carácter.

Más que mucho es incontable lo que, por su índole, pertenece a la estirpe de lo impreciso, sin que ello vaya en desmedro de su intensa realidad. Pretender que no sea así es ignorar ante todo quiénes somos o qué vemos al mirarnos en el espejo. Cualquiera que sepa de qué habla cuando se refiere a sí mismo admite que se ignora, en aquel eminente sentido en que lo entendió Oscar Wilde:

Reconocer que el alma humana es desconocida es la suprema realización de la sabiduría. El misterio final reside en uno mismo. Cuando se haya pesado el sol en la balanza, medido los pasos de la luna y dibujado el mapa de los siete cielos, estrella por estrella, todavía quedará nuestro propio ser.²

No a otra cosa que a esto remite Nicolás de Cusa, cuatro largos siglos antes que Oscar Wilde. Una docta ignorancia, como él la llama, no es otra que el meditado provecho que ha sabido extraerse de la imposibilidad de conocer cuanto, por su condición de inaferrable, se nos escapa.

Indemostrable, entonces, y por ello inclasificable, lo férreamente subjetivo es, no obstante, pasible de expresión y, en esa medida, discernible como tal. Ponerse en evidencia es todo lo

2. Oscar Wilde, «De Profundis», *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1979, pág. 1230.

que puede. De allí en más no le cabe sino dejar que la afinidad y el don de la empatía hagan su juego tendiendo puentes que de otro modo no se dejan trazar.

Quede claro, sin embargo, que consagrarse a lo subjetivo como materia de expresión no implica renunciar al entendimiento ni a criterios compartidos. Fiel a una enseñanza que, como vemos, ya arraiga en De Cusa y modernamente remite a Kant, Edgar Morin insiste en la convicción de que

una racionalidad abierta y compleja comporta el conocimiento de su propia incompletud, el diálogo con lo irracionalizado e irracionalizable.³

Este diálogo bienhechor con lo incógnito, que de tantas maneras nos habita y nos supera, no invita pues al regodeo en la impotencia reflexiva ni a acampar en el deleite de la incompreensión. Propone, en cambio, el ejercicio de la lucidez expuesta sin cesar a la experiencia de su propio límite, un límite que no la acota ni circunda desde afuera, a la manera de un muro externo, sino que le es intrínseco y connatural. De esta insuficiencia congénita y asumida, extrae el entendimiento maduro sus mejores posibilidades de floración. Se trata, en suma, de decir qué no se puede por más que se lo quiera, y de hacerlo con la máxima energía. Por esto y por mucho más, diría que la mía es una historia sin objeto y con sujeto. Sin objeto, porque en rigor de verdad los asuntos de que trato no terminan de inscribirse en el cauce de lo diáfano ni de ingresar en el rubro de lo bien discriminado. Con sujeto, porque en esa misma insolvencia para infundir a mis temas el valor o el estatuto de las cuestiones unánimes, es

3. Edgar Morin, *Mis demonios*, Barcelona, Kairós, 1995, pág. 214.

decir, por todos tenidas como comunes y bien perfiladas, se nutre la ocasión de insinuar al menos los desvelos de alguien que, aun no sabiendo muy bien de qué, se larga a hablar, dejando oír cuanto en él pugna por manifestarse y haciéndolo como quien navega buscando un rumbo, y no como quien zarpa ignorando adónde va.

De modo que, sin más dilaciones, dejo asentado que los asuntos que se suceden a lo largo de estas páginas, a las que nadie podrá acusar de ser demasiadas además de insustanciales, buscan ilustrar mi convivencia con los muchos modos que en mí toma el encuentro con esa irremontable imprecisión a la que no me decido a llamar «mi contenido», pero a la que no renuncio por considerarla la configuración excelsa de mi identidad.

En efecto, bajo múltiples vestiduras se la verá aparecer, y en el tratamiento que a esos variados modos les dispense, se entrelazan y se alternan distintos registros. El del ensayo sin duda y de modo preeminente, pero a veces también el de la ficción y aun el de la crónica, como asimismo el de la poesía que, sin ser constante, es frecuente, según puedo advertir y agradecer. Más que proponerme esta convergencia de géneros en un único enunciado, más que ir en pos de esa polifonía con un propósito orquestal declarado, reconozco que ella se me fue imponiendo, perfilándose como indispensable y gobernando el curso de mi trabajo, en un proceso que en este libro es predominante pero que no dejó de ejercer su influjo en cuantos le precedieron, ya sea en verso o en prosa.

Sé, por último, que mi procedimiento dista de ser novedoso, puesto que, en estos tiempos, está más que difundido. De él hacen uso inigualado, entre quienes seguramente olvido aunque admire, los europeos Magris, Sebald, Broch, Canetti, Benjamin y Steiner. Y por cierto los argentinos Martínez Estrada, Borges,

Murena, Koremblit y Massuh, sin dejar de remontarme al protico Sarmiento.

El término «ensayo», por su clara referencia al tanteo y a lo provisional, sigue siendo para mí el que mejor designa lo que hago. Siendo el ensayo eminentemente polimorfo, se diría que todo se aviene a su idiosincrasia y que esa idiosincrasia, dinámica como es, lo hospeda todo. Por lo menos en mi caso, que no es sino el de alguien que no logra dejarse de lado al escribir ni discernir cabalmente de qué habla cuando habla de sí mismo.